

alquilado de nuevo el cuarto segundo. Dijo la portera que no. Preguntáronle el nombre de la criada y si sabía su paradero.

«Se llama Pascuala—contestó:—está casada con un tabernero llamado Pascual; pero no sé dónde viven. El tabernero de la calle del Barquillo debe saberlo, porque es compadre suyo.»

Este hombre les dijo que los Pascuales vivían en la calle del Humilladero, y los dos jóvenes se dirigieron inmediatamente allá.

CAPÍTULO XXXVII

El «via-crucis» de Clara.

Mucho horror inspiraba á la huérfana la casa de las de Porreño, aunque no tenía otra. Así es que su primer impulso al verse en la calle fué huir, correr sin saber á dónde iba, para no ver más tan odiosos sitios. Anduvo corto trecho, dobló la esquina y se paró. Entonces comprendió mejor que antes lo terrible de su situación. Al ver que no podía dirigirse á ninguna parte, porque á nadie conocía, le ocurrió esperar cerca de la casa á que entraran Elías ó su sobrino. Pero el primero había dicho que no volvería hasta dentro de tres días, y el segundo, que sospechaba tan mal de ella, sería capaz de confirmarse en su creencia al verla arrojada de la casa por las señoras. Ella necesitaba, sin embargo, ver á Lázaro y contarle todo. Si él daba crédito á su explicación, ¿qué harían los dos, tan desamparado el uno como el otro? Decidió, sin embargo, esperarle allí, apoyada en la esquina; pero le daba tanto miedo... Parecía que iba á salir por la reja cercana una gran mano negra, que la cogería llevándosela dentro: ¡qué horror! De repente sintió al extremo de la calle fuerte ruido de voces. Eran unos hombres que venían borrachos profiriendo horribles juramentos, atropellando y riendo desenfrenadamente como una turba de demonios regocijados. La joven sintió tal sobresalto, que no pudo permanecer allí un instante más y echó á correr con mucha ligereza. Los hombres corrían también, y ella se figuraba que le tocaban la espalda, y creía

sentir junto á sus propios oídos las infernales palabras de ellos. Corrió mucho por toda la calle del Barquillo, seguida del perro misántropo; y al fin, fatigada y sin aliento, se detuvo: las risas resonaban muy lejos... ya no la seguían... respiró porque no podía dar un paso. Después siguió andando lentamente; no se atrevía á volver, porque las risas habían cesado y se oían terribles imprecaciones. Algunas piedras, lanzadas por mano vigorosa, cayeron junto á ella. Batilo se volvió lleno de despecho y ladró como nunca había ladrado, con verdadera elocuencia canina.

Después de esto, avivó Clara el paso y llegó á la calle de Alcalá. Miró á derecha é izquierda, sin saber qué camino tomar. Subió hacia la Puerta del Sol; pero no había llegado á San José cuando vió que por la calle abajo venía gente, muchísima gente: ella no había visto nunca tanta gente reunida. La calle le parecía tan grande, que no conocía distancia alguna á que referirla, pues para ella las casas hacían horizonte, y aquella gente que venía se le representaba como un mar agitado sordamente, y avanzando, avanzando como si quisiera tragarla. Sin deliberar volvió atrás y bajó hacia el Prado. El gentío bajaba también: sordó rumor resonaba en la calle. La muchedumbre traía algunas luces, y de cuando en cuando una voz pronunciaba muy alto un *viva*, contestándole otra tremenda y múltiple voz. La gente bajaba, y Clara bajaba delante. Aquello le dió más miedo que los borrachos; pero cuando se encará con la Cibeles, cuando vió aquella gran figura blanca en un carro tirado por dos monstruos blancos, se detuvo aterrada. Había visto alguna vez la Cibeles; pero la obscuridad de la noche, la soledad y el estado de excitación y dolencia en que se encontraba su espíritu, hacían que todos los objetos fueran para ella objetos de temor, todos con extrañas y fantásticas formas. Los leones de mármol le parecía que iban corriendo con velocísima carrera, galopando sin moverse de allí. La pobre miró atrás, y vió que la gente avanzaba siempre, haciendo más ruido: no quiso ver más aquello, y tomando hacia la derecha, entró en el Prado. Este sitio le pareció tan grande, que creía no llegar nunca al fin. Jamás había visto una llanura igual, campo de tristeza, de ilimitada extensión; los árboles de derecha é izquierda se le antojaban fantasmas negros que estaban allí con los brazos abiertos; brazos enormes con manos horribles de largos y retorcidos dedos. Anduvo mucho, hasta que al fin vió delante de sí una cosa blanca, una como

figura de hombre, de un hombre muy alto, y sobre todo muy blanco. Se fue acercando poco a poco, porque aquella figura se le representaba marchando con pasos enormes. Era el Neptuno de la fuente, que en medio de la obscuridad proyectada por los árboles, se le figuraba como otro fantasma. La infeliz tenía muy extraviados los sentidos á causa del terrible trastorno de su espíritu. Toreó á la derecha, por evitar que llegara hasta ella aquel figurón blanco, y encontró enfrente la Carrera de San Jerónimo. Empezó á subir; pero estaba tan fatigada, que la pendiente de la calle le parecía inaccesible. Sabió, pero con mucha lentitud, porque apenas podía andar: en la parte correspondiente á los Italianos creía ella ver la cumbre de una montaña; y cuando media con la vista aquella eminencia, pensaba que en toda la noche no iba á llegar arriba.

No pudo avanzar más, y se sentó en el hueco de una puerta. Sentía gran postración en todos sus miembros, y además un frío intenso que, creciendo por grados, llegó á producirle una convulsión dolorosa. Arropóse lo mejor que pudo, y pensó en el medio de volver á la casa para esperar á Lázaro en la puerta. Entonces le ocurrió súbitamente la idea de dirigirse á casa de Pascuala. Ella recordaba muy bien el nombre de la calle donde vivía el tabernero con quien la criada se había casado. Sabía que la taberna estaba en la calle del Humilladero; pero ¿cómo iba á la tal calle? Resolvió preguntar á algún transeunte, y si daba con la casa, allí pasaría la noche, aplazando todo lo demás para el siguiente día. Segura estaba de que Pascuala la recibiría con los brazos abiertos. Pero ¿dónde estaba la calle? Instintivamente oró á la Virgen, pidiéndole que estuviera cerca de la calle del Humilladero. Pero la Virgen no la oyó, porque la calle estaba muy lejos. Resuelta á preguntar, se levantó; vió venir á un hombre, pero no se atrevió á detenerle; pasó otro, algunos más, y Clara no preguntó á ninguno. Tenía miedo de aproximarse á ellos. Por último, se acercó una mujer, la joven la detuvo y respetuosamente la hizo su pregunta.

«¿La calle del Humilladero?» dijo la mujer, que era una vieja arrugada y con voz gangosa.

—Sí, señora.

—Le parece á usted que está bien detener á las personas honradas de este modo?—contestó la vieja muy incomodada.—Ya sé lo que quieren estas bribonas cuando detienen á una; que no van sino á meterle la mano en los bolsillos cuando está una más descuidada,» contestando:

«Váyase aoramala la muy piojosa, y si no llamo á un alguacil.»

Antes que concluyera la vieja, se apartó Clara, y fué tal su angustia al pensar que todos la tratarían de igual modo, que casi estuvo á punto de abandonarse á su desesperación, dejándose morir allí de hambre, de frío y de dolor. Pero la desventura infunde valor; recobró algún ánimo y se dispuso á seguir preguntando, cuando vió llegar á una mujer andrajosa que traía un niño de la mano y otro en brazos. A Clara le pareció que aquella mujer debía ser persona muy generosa y compasiva, y que le había de responder á su pregunta. Pero antes de ser interpelada, la mujer andrajosa habló á Clara en estos términos:

«Una limosna, señora, por amor de Dios, que tengo mi marido en cama, y estos dos niños no han probado nada en todo el santo día... Siquiera un *chavito*.»

Después, observando que Clara no tenía aspecto de persona que da limosna, sino más bien de mujer desvalida y enferma, se figuró que pedía también *chavitos*, y variando de tono, le dijo:

«Oye, chica: ven conmigo y le sacaremos un duro al tío gordo de la esquina.

—¿Qué?—dijo Clara, confusa ante aquella proposición.

—¿Apostamos á que no *tan duo* ni un bendito *chavo* esta noche? Yo le *sacoo* ya un *rial*: mira. Pero hay en aquella tienda un *maridito* pañero que es muy caritativo. Ayer le *ije* que tenía una hija enferma en cama, y me dió una peseta. Si *quiés* que le saquemos más, ven conmigo esta noche, chica, y verás. Entramos; tú te haces que te vas cayendo, y te pones un pañuelo *atao* á la cara, y empiezas á dar unos *chillios* que partan el corazón. Oye, así: ¡ay! ¡ay!

Y dió unos cuantos quejidos tan lastimeros, que Clara tuvo angustia de oírlos. Después siguió:

«Mira, ven; entramos: yo le digo que eres mi hija y que no has comido un *bocao*, y que el *méico* te ha *resetado* una cosa que cuesta un duro. Tú dices que no la *quiés* tomar, y que si *saco* el duro, compre pan *pa* estos niños que se están muriendo. Yo digo que sea el duro *pa* la *meicina*; tú que sea *pa* los niños, y así... verás cómo se *ablanda*... y *pué* que nos dé dos... partiremos: te daré á tí dos *riales*, y... Anda, ven: ponte este pañuelo en la cara.

—Señora, yo tengo que hacer, no puedo—dijo Clara, que creía no deber darle otra razón menos cortés.—¿Sabe usted dónde está la calle del...?

—¡Qué calle de los *dimonios*!—dijo la mujer; y viendo que pasaban dos caballeros se acercó á ellos, diciéndole al chico que llevaba de la mano: —Muchacho, cojea.»

El muchacho cojeó, y se acercaron á los caballeros, repitiendo su muletilla. Clara se retiró entonces; anduvo á buen paso, y llegó, por último, á la plazuela del Espíritu Santo; subió más, hasta que se encontró en la esquina de la calle del Prado, y por allí pensó seguir, porque veía en ella bastantes personas, y creía encontrar allí quien la informara bien.

Batilo iba delante. Un perro vivaracho y pequeño, descarado, ratonero, de éstos que pasean su vanidad por las calles de Madrid, se acercó al can melancólico, y le dió una embestida con el hocico. Batilo era muy tímido; pero sintiendo herido su amor propio, ladró. El ratonero, que no deseaba sino provocación, ladró también, atreviéndose á dar un mordisco al pobre faldero. Este se defendió como pudo; y á poco rato vino un perrazo que, con terribles aullidos, empezó á perseguir al ratonero. Luego vino otro perro, y otro, y otro: en dos segundos se reunieron allí doce perros, que armaron espantosa algarabía. Luchaban unos con otros, cayendo y levantándose en revuelta confusión, mordiéndose, saltando y atropellando entre los movimientos de su horrible contienda á Batilo y al ratonero, que, revueltos entre las patas de los contendientes, recibían los ultrajes de todos. Al ruido se detuvieron algunas personas; el amo de uno de los perros terció en la pelea, y dijo ciertas frases injuriosas al amo de otro. Clara, al ver que se reunía tanta gente, y que algunos mozos la miraban con atención impertinente, avivó el paso; tomó la calle arriba para huir de aquellas miradas. Pero los mozos la siguieron, y ella quiso ir más á prisa; ellos también; ella más aún, hasta que se decidió á correr, y corrió con toda la velocidad que podía. Entonces una mujer gritó desde una puerta con voz chillona y angustiada: «¡A esa, á esa, á esa!» Un hombre la detuvo por el brazo; muchas mujeres la rodearon, y se formó en un momento un grupo de más de treinta personas en torno á ella. La huérfana estaba tan trémula y aterrada, que no dijo palabra, ni trató de huir, ni lloró siquiera. Creyó tener en derredor un círculo de asesinos.

«¿Qué ha hecho? ¿qué hay?»—dijo uno.

—Que ha robado ese lío que lleva bajo el brazo.

—Muchacha, ¿dónde has tomado ese lío?—dijo el que la tenía asida.»

Clara no contestó.

«A la cárcel con ella,—dijo uno de los presentes.

—¿Dónde has tomado ese lío, muchacha?»

La joven se repuso un poco, y con voz tenue, dijo:

«Es mío.

—¿Que es suyo?—dijo una de las mujeres.—Si la vi yo correr como una *desalación*. Apuesto á que lo cogió en la casa del número 15.

—No, que venía de más abajo,—dijo otra.

—Apuesto que es de casa de la *sa* Nicolasa, la pupilera de ahí enfrente,—dijo otra mujer.

—Usted miente, señora—dijo un hombre alto, que parecía ser persona del toreo, á juzgar por su vestido y el rabicoletito que tenía en la nuca.—Usted miente: esta señora no ha salido de casa de la pupilera, ni del número 15; venía de más abajo.

—¡Miren ese pelele!—gritó la mujer.—¿Poz no dice que yo miento?

—Usted miente, señora. Esa muchacha no ha robado *naa*, que venía de abajo, y corrió porque la venían siguiendo esos lechuguinos. Yo lo he *oservio*, y si hay alguno que me desnienta, aquí estoy yo, que soy un hombre *pa* otro hombre.

—Tanta bulla *pa* *naa*,—dijo, soltando á Clara, el que la tenía asida.

—Pues que si lo ha robado, si no lo ha robado... Cuando yo digo una cosa... Si estuviera aquí mi Blas, se vería si hay un hombre *pa* otro hombre,—murmuró, volviendo la espalda, la promovedora de aquel alboroto.

—Vamos, señores, aquí no se ha robado *naa*—dijo el majo con decisión.—Aquí están ustedes de más. Largo el camino.»

El público (llamémosle así) encontró muy convincentes las últimas razones del hombre de los toros, y aún más las insinuaciones que hizo con un tremendo palo de puño de plomo que llevaba en la mano, y empezó á desfilar.

«Vamos, prendita, no tenga usted miedo—dijo el hombre del rabicoletito, cuando se quedó solo con Clara.—Venga usted conmigo, y no tenga reparo, que yo soy un hombre *pa* otro hombre. ¿Pero se *pué* saber á dónde iba la personita? Yo la llevaré á usted, porque soy un hombre *pa*...»

—Voy á la calle del Humilladero.

—Del Humilla... ¿qué?

—Del Humilladero.

—Ya sé... ¿pero *pa* qué va usted tan lejos? Si usted se

echa á andar ahora, llegará allí *pasao* mañana por la noche. Con que no tenga usted prisa...

—Si, señor, tengo prisa; y aunque esté lejos, he de ir en seguida. ¿Quiere usted hacerme el favor de decirme por dónde debo ir?

—*Miste*: coge usted esta calle *pa arriba*, siempre *pa arriba*... pero yo la voy á llevar á usted. Aunque, *pa* decir verdad, más valía que se viniera conmigo. ¡Ay! ¡jesús, qué guapa es usted! *Poz* no habia reparado... Venga usted.

—No puedo detenerme, *señor caballero*—dijo Clara con mucho miedo.—Dígame dónde está esa calle, y yo me iré sola.

—¡Sola! ¿Y yo podía ser tan hécerro que la iba á dejar ir sola por esas calles, esta noche que hay *revolución*...? Bueno soy yo *pa*... Venga usted conmigo. Le *igo* que no lo pasará mal; yo conozco aquí cerca un *colmao* donde hacen unas magras que...»

Diciendo esto, el torero tomó á Clara por un brazo y quiso internarla por la calle del Lobo.

«Suélteme usted, caballero—dijo Clara desasiéndose:—tengo que hacer; por Dios, suélteme usted.

—Pues es lo *mesmo* que un puerco-espín. ¡Bah! Si es usted muy guapa para ser tan picona. Le *igo* que... Pero, en fin, yo la acompañaré á esa calle.

—No; dígame usted por dónde debo ir. Yo iré sola.

—¿Sola? Si hay *revolución*. ¿*Pa* que le peguen á usted un tiro y me la *ejen* frita en *mitá* la calle?...

—Yo quiero ir sola,—dijo ella separándose.»

La compañía y la solicitud impertinente de aquel hombre le inspiraba mucha desconfianza. Su intento era huir de él y preguntar á otro. Pero aunque avivó mucho el paso, él seguía siempre á su lado diciéndole mil cosas. Un incidente feliz (algo feliz habia de pasar aquella noche) vino á librar á Clara de aquel moscón. Iban por la plazuela de Santa Ana, cuando sintieron detrás gritos de mujer. El majo no volvió la cara; pero tuvo buen cuidado de embosarse bien en su capa para no ser conocido.

«*Arrastrao*, *endino*—dijo la mujer, que era alta, gruesa, hombruna y con voz aterradoro y agnardentosa.—Espera, espera, que te voy á sentar los cinco en esa cara de documento.»

Al decir esto, tiró al majo de la capa, y con mano más pesada que una maza de batán, cogió á Clara por un brazo y la detuvo.

«Si no fuera porque está aquí esta señora—dijo el ch-

lo, cuadrándose ante la jamona,—ahora *mesmo* te volvía las narices al revés.

—¡*Arrastrao!*—dijo la maja cuadrándose y moviendo la cabeza,—¿tengo yo cara de cabrona? ¿Te *paere* que por una cara de escoba como esta voy yo á consentir?...

—¡Calla!—exclamó el otro,—ó te *ejo* sin piernas.

—Mira, Juan Mortaja, que voy á sacarle los ojos á esta rabuja si ahora *mesmo* no vienes conmigo. ¿Le parece á usted que á una mujer como yo se la...? Juan Mortaja, cuando *igo* que vamos á tener que...

—No haga usted caso—dijo el torero, dirigiéndose á Clara, que estaba sin aliento, oprimida por la mano de la jamona, como la tórtola en las garras del gavilán.—No haga usted caso, niña, que ésta suele rezarle un Padre nuestro á *san cuartillo*.

—¡*Reendino!*—exclamó con trágico furor la maja, soltando á Clara y echando rápidamente mano á la cintura, de la cual sacó una navaja, que esgrimió con el donaire y la presteza de un matutero.

—¡Saco *e* demonios!—dijo el otro, enarbolando el palo.»

No sabemos cómo concluyó la pendencia, porque hemos de seguir á Clara; y ésta, en cuanto se vió libre de la zarpa de la dama de Juan Mortaja, se escapó ligeramente, y á buen paso, seguida siempre de Batilo, llegó á la plazuela del Angel. La desventurada no sabia ya qué partido tomar: se horrorizaba al pensar que entre los miles de habitantes de este enjambre no habia uno que le dijera el nombre de la calle donde estaba el único asilo que podía acoger á la huérfana abandonada, sola, injuriada, medio muerta de miedo y dolor. Creyó que Dios la abandonaba ó que no habia Dios; que su destino la obligaba á optar entre la inquisición espantosa de las dos Porreñas, y aquel abandono, aquel vagar por un desierto, repelida por todos ó solicitada por la depravación ó el vicio.

Se decidió á hacer otra tentativa. Detuvose ante un hombre que, con un farol y un gancho, revolvía escombros, y le hizo su pregunta.

«¿La calle del Humilladero?—dijo el trapero, incorporándose y haciendo con el gancho ciertos movimientos semejantes á los que hace con su varilla un director de orquesta.—Esa calle está... Voy á darle á usted una receta para que la encuentre en seguida. Pues eche usted á andar... y vaya mirando con atención los letreros de todas las calles. ¿Sabe usted leer?

—Si, señor,—dijo Clara.

—Pues cuando usted vea un letrero que diga así: «calle del Humilladero,» allí *mesmo* es.»

El trapero se quedó muy satisfecho de su apotegma, y volviendo á inclinarse, enterró su gancho investigador en el montón de inmundicia que delante tenía. Clara se retiró muy angustiada; y principiando á perder ya el conocimiento exacto de su desventura, hallábase próxima á entrar en ese período de atonía que precede á las grandes enajenaciones. Dirigió de nuevo mentales súplicas á Dios y á la Virgen para que la sacaran de aquella situación; y aun rezaba, cuando vió llegarse hacia ella á una persona que le inspiró mucha confianza. Dió algunos pasos hacia aquella persona, que era un clérigo de más que mediana edad, gordo y pequeño. Venía con su rosario en la mano y la vista fija en el suelo. La huérfana respiró con tranquilidad, porque aquel personaje venerable que tenía ante sí debió de ser un santo varón, de esos cuyo fin en la tierra es consolar á los afligidos y ayudar á los débiles.

CAPÍTULO XXXVIII

Continuación del «via-crucis.»

Parecía el clérigo hombre pequeño, á juzgar por su vestido, que era muy raído y verdinegro. Era él de edad madura, y á juzgar por su pronunciada y redonda panza, parecía hombre que no se daba mala vida. Tenía la cara redonda y amoratada, con dos ojillos muy vivos y una nariz que parecía haber servido de modelo á la Naturaleza para la creación de las patatas. No puede decirse que su fisonomía fuera antipática: sonreía con bondad, y, sobre todo, había en sus ojuelos cierta gracia y una volubilidad amable. Cuando vió á Clara y oyó la pregunta que ésta le hizo con el mayor respeto, guardó el rosario, se ladeó el sombrero (porque era éste tan grande, que tapaba con él á cuantos se le ponían delante), y dijo:

«¿La calle del Humilladero? Sí, hija mía, sí; sé dónde está, sí; pero es muy lejos. No podrá usted ir sola; se perderá usted, hija mía. Venga usted y yo la pondré en camino.»

Y volvió atrás. Siguiéronle Batilo y Clara, que creyó al fin haber encontrado el hilo del laberinto.

«Pero, hija mía, ¿cómo es que usted va sola? ¡A estas horas... tan sola! —dijo el Padre con voz agríduce.

—Tengo que ir á una casa que conozco, —repuso Clara por dar alguna respuesta.

—¿Pero va usted sola? ¡A estas horas!... Hija mía, ¿por qué es eso?

—No tengo quien me acompañe. Soy sola.

—¿Que es usted sola? ¡Jesus, María y José! ¡Qué calamidad! ¿Pero no tiene usted padres?

—No, señor.

—¿Es usted sola, enteramente sola? ¡Jesus, María y José! Esto no va bien, hija mía. ¿Pero no tiene usted ningún pariente? Vamos, irá usted á casa de algún pariente.

—No, señor, no. Voy á casa de una mujer que conozco. No conozco á nadie más que á ella.

—Vamos, ya conocerá usted á alguna otra persona —dijo el cura parándose y fijando en el semblante de Clara sus picarescos ojuelos. —¿De dónde viene usted ahora?

—De casa de unas señoras, donde estaba.

—¿Y allí no conoció usted más que á esas señoras?

—No, señor, —dijo Clara asustada del giro que tomaban las preguntas del clérigo.

—Vamos, juraría yo que ha conocido usted á algún muchachuelo... Eso no tiene nada de particular, hija mía: para eso es la juventud. Eso no tiene nada de particular. ¡Bah! no se ponga usted encarnada. Por las llagas de Jesucristo, que no me enfado yo por eso... no.»

Al decir esto, el cura se paró otra vez, y volvió á fijar en la huérfana sus pequeños y vivaces ojos, acompañando esta mirada con una santa sonrisa de astucia, que haría honor á cualquier alumno de Seminario, conecedor de la obra de Sánchez, titulada *De Matrimonio*.

«Porque, hija mía, el mundo es así —continuó. —Yo, que conozco las debilidades de ambos sexos, puedo hablar sobre este punto. Y luego yo tengo una práctica tal, que en seguida comprendo. Sobre todo, como usted es tan guapita...»

Turbóse mucho la joven con aquellas palabras; pero la esperanza de que pronto llegarían á la decantada calle del Humilladero, la serenó, haciéndole más llevaderas las amabilidades del buen hombre.

«Sí, hija mía: yo soy gran admirador de las obras de la Naturaleza, y cuando estas obras son bellas, las admiro más. Yo, francamente lo digo, no soy gazmoño. Lo

cortés no quita lo valiente. Aunque uno sea sacerdote... porque admirar la Naturaleza no es pecado.»

Con éstas y otras cosas habían pasado la calle de Atocha y llegado á la Plaza Mayor; atravesáronla, dirigiéndose á la plazuela de San Miguel.

«Venga usted, venga usted—dijo, tomando el brazo á Clara, al ver que manifestaba cierto recelo de internarse por el arco obscuro que da á la plazuela del Conde de Miranda.—Venga usted, que conmigo va segura... Pues decía que lo cortés no quita lo valiente... Pero no me ha seguido usted contando eso del muchachuelo.

—Si yo no he contado nada,—dijo Clara, haciendo un movimiento disimulado para desasir su brazo de la mano del cura.

—Sí: algo hay, hija mía; yo lo he conocido. Si eso no tiene nada de particular. Ya... ¿hay vergüencilla? Vamos, cuénteme usted, que yo la absuelvo en seguida. A las niñas hoaitas se les perdona todo.»

Diciendo esto, miró de nuevo á Clara; pero ya no se sonreía: estaba serio, y había en su voz cierta agitación que ella no pudo notar.

«Cuidado, no se caiga usted,—dijo, extendiendo su brazo por la cintura de la huérfana, como si ésta hubiera tropezado.

—¡Ay!—dijo ella más confusa y separándose del cura.—¿Cuándo llegaremos á esa calle!... ¿Está muy lejos todavía?

—Sí, hija mía: está lejos, muy lejos. Pero ¿qué prisa tiene usted?

—¡Ah! sí, tengo mucha prisa. Pero no se moleste usted más. Dígame por dónde debo ir... y seguiré sola.

—¡Ah! no acertará usted en toda la noche. Está muy lejos. ¿Pero qué prisa tienes, hija mía? Veo que estás muy cansada. ¿No te convendría descansar un poquito?

—¡Oh! no, señor; no puedo descansar,—dijo Clara, aterrada ante la idea de que la llevaran á una sacristía.

—Sí, hija mía: estás muy fatigadita, y yo no tengo corazón para verte andar por esas calles á estas horas y con este frío.

—No importa, señor cura: no me puedo detener.

—¡Jesús, María y José! No he visto nunca una muchacha más arisca. Yo... no gusto de gente así, porque me gusta que las niñas sean amables y buenas.»

En esto entraban en el callejón de Puñorrostro. Paróse el cura y tomó una mano á Clara, que se retiró, apartándose de él.

«Hija mía, por Jesús, María y José, te digo que se me parte el corazón de verte así sola por esas calles, á estas horas, con este frío... Mira: yo tengo un buen brasero arriba... porque aquí vivo yo, aquí á espaldas de San Justo, que es mi iglesia. Pues si quieres descansar un ratito...

—No, Padre: yo quiero ir á la calle del Humilladero. Dígame usted dónde está, ya que no me ha llevado á ella.

—¿Qué Humilladero, ni Humilladero! ya me tienes loco con tu calle. Pues no estás poco impertinente—dijo el clérigo con más agitación y mucha impaciencia.—Ven, hija mía, y me contarás eso del muchachuelo.»

El infame plan se reveló de pronto en el entendimiento de Clara con todo su horror y repugnancia.

«Señor—repitió,—dígame usted por dónde voy.

—Sube, sube—dijo él, colocado ya en la puerta de su casa.—Sube, no te pesará. Si supieras qué bueno soy yo... porque lo cortés no quita lo valiente. Y mañana te vas á tu Humilladero, ó si no quieres ir...

—Señor, por Dios, dígame por dónde debo ir. Yo me vuelvo loca. ¿Para qué me ha traído usted aquí? ¿Y dónde estoy? Puede ser que ahora esté más lejos del punto á donde quiero ir.

—Sube, hija mía, sube—dijo el clérigo abriendo la puerta,—y hablaremos de eso. Yo te diré dónde está esa calle, y mañana podrás...

—No: yo no le quiero ver á usted más. Pero dígame por dónde debo dirigirme. ¿Por qué me ha engañado usted?

La joven rompió á llorar como un niño. El cleriguillo había perdido su amabilidad; sus ojos expresaban el mayor despecho; su labio inferior, masa informe y pendiente, le temblaba por la rabia de la contrariedad y del desengaño.

«¿Está lejos esa calle, señor? ¿Está lejos?»

El cura miró á Clara con desdén, hizo un gesto despreciativo, y entró diciendo:

«Sí, chica: está lejos, muy lejos.»

Y cerró violentamente con mano colérica la puerta, que produjo fuerte estampido.

Algo tranquilizó á Clara el verse libre de aquel malvado; pero al pensar que no había podido adquirir noticia alguna de lo que buscaba; al verse en aquel callejón estrecho y obscuro, donde no aparecían indicios de vivienda humana; al considerar que por un extremo podía aparecer un hombre y por el otro extremo otro, avanzando

hacia el centro y cogiéndola entre los dos, fué tal su pavor, que estuvo á punto de caer al suelo sin sentido. También se le figuraba que la enorme muralla de la casa del Cordon y la de San Justo iban á requirirse, aplastándola en medio. Un supremo esfuerzo, una carrera en que el espíritu agitado, más bien que el cuerpo, parecía trasladarse, la llevó á la calle del Sacramento. Al fin vió una luz que se movía: era un sereno. Aquel encuentro la infundió algún valor; acercóse á él, y le repitió su pregunta, tantas veces hecha y nunca contestada. El sereno, de muy mal humor, pero con buena intención, le dió la dirección verdadera.

«Baje usted esa cuestecita por detrás del Sacramento; baje usted siempre hasta que llegue á la calle de Segovia; en seguida sube usted derecha, siempre adelante, hasta encontrar la Morería; entra por ella hasta llegar á la calle de don Pedro; después sigue por esta hasta la plazuela de los Carros, y enfrente de la capilla de San Isidro, encuentra usted la calle del Humilladero.» Le repitió las señas y le dió las buenas noches.

La huérfana se retiró muy agradecida. Al fin encontraba la dirección de aquella maldita calle. Tomó por el camino indicado y bajó la cuesta de los Consejos. ¡Que triste y pavoroso lugar! El piso parece que huye bajo los pies del transeunte: tal es la pendiente. A Clara, que estaba completamente desfallecida y con la cabeza debilitada, le parecía caerse á cada paso, y que el suelo se iba inclinando más cada vez, negándose á soportarla. Llegó á creer que nunca terminaba aquel descender precipitado, hasta que por fin sus pies pisaron en llano. Estaba en la calle de Segovia, y se le figuraba haber caído en un abismo. No era posible, pensaba ella, que el sereno le hubiera dicho la verdad. ¿Estaba aquel sitio habitado por seres de este mundo? De noche, y en aquella lobreguez, parecía la profundidad de un barranco, de esos que escogen para sus conventículos los duendes y las brujas. Mirando hacia arriba, le parecía que se inclinaban, amenazando caer, las dos masas de habitaciones que á un lado y otro de la calle se levantan.

Clara siguió, sin embargo, la dirección que el sereno le había indicado: distinguió delante de sí la cuesta escarpada de los Ciegos, y pensó que era imposible trepar por allí. Intentólo á pesar de todo, tropezando con montones de escombros y ruinas; las casas se veían arriba suspendidas, al parecer, como nidos de buitres en lo alto de la eminencia. Ella se sintió sin fuerzas para escalar aquello;

no distinguía senda alguna, ni había allí nada que indicase el paso de seres humanos. No se oía voz alguna, sino de tiempo en tiempo, y resonando muy lejos, gritos de mujeres. Los gritos resonaban como si una bandada de aves, con palabra humana, se cernieran graznando en lo más alto del cielo. De repente oyóse una voz infantil que venía de abajo. Era una niña que subía sola, y cantando, por la calle de Segovia, dirigiéndose á la Morería. Clara vió con asombro que la niña, sin cesar de cantar, subía la cuesta y trepaba, encontrando una vereda entre tantos escombros. Se levantó é intentó seguirla. La niña no la vió y marchaba delante muy alegre, al parecer. Pero de pronto advirtió el ruido de los pasos de la que la seguía; volviósese; vió aquel bulto que en medio de la noche andaba tras ella, y lanzándose en súbita carrera, empezó á gritar: «¡Madre, madre; brujas, brujas!»

La huérfana sintió entonces más claros los gritos de las mujeres, y llegó también á creer que había brujas por allí. Las mujeres parecía como que bajaban, y sus voces confusas y discordantes semejaban el alterado frenético de una horda de euménides. Retrocedió Clara y volvió á bajar, estando á punto de resbalar y caer algunas veces. Hallóse de nuevo en la calle de Segovia, y entonces los gritos femeninos llegaban á sus oídos como si la horda de aves con palabra humana hubiera levantado el vuelo tornando á las altas regiones.

Empezó á llover: caían gotas muy gruesas, que la imaginación calenturienta de la huérfana sentía en el piso como si éste fuera una caja sonora. La lluvia aumentaba; las gotas caían con extraordinaria rapidez, dejando en las piedras un disco obscuro, semejante á una pieza de dos cuartos que, repetidos infinitamente, concluyeron por teñir de negro reluciente todas las piedras. Clara se arrojó; apoyóse en una gran piedra sillar que allí había, y, con el alma agotada ya, miró al cielo buscando la luna, una estrella, cualquier cosa que no fuera negra y horrible, cualquier cosa que no hubiera visto aquella noche en otra parte; pero no vió ni estrella ni luna; tan sólo allá abajo, en la dirección del puente y en el horizonte que tras la otra orilla del Manzanares se dibuja, vió una lumbre roja, esa claridad violenta de encendido color, que es en noches tempestuosas como una fiebre del cielo. Se le ve arder calenturiento y agitado por súbitas y precipitadas exhalaciones, mientras toda su inmensa extensión permanece oscura y helada. Aquella luz impresionó la mente de Clara de un modo muy extraño. Lejos de infundirle

femor, le pareció ver allí alguna cosa interna, más profunda que el profundo cielo, que parecía estar abierto por aquel punto. Creía ver oleadas de luz, emanadas de un foco incandescente; formas humanas, cuerpos sin sombra, que oscilaban con caprichosas revoluciones. Parecía como una falanxe de astros humanos, de cielos y mundos en forma de seres vivos, que allí se determinaban dentro del espacio mismo de una llama sin fin; cada uno engeadraba miles, cada mil un millón; se alejaban y volvían, se obscurecían tenuemente, y de nuevo adquirían el brillo de la más intensa luz.

Cuando apartó la vista de aquella claridad, miró al lado opuesto; miró á la calle, en derredor, y no vió nada. Esperó un rato, mirando siempre, y tampoco vió nada. Creyó que estaba ciega, y en vano quería, con atención afanosa, descubrir algún objeto. La lluvia había crecido de una manera espantosa: un torrente bajaba por la Cuesta de los Ciegos y otro por la de los Consejos; la calle recogía estas dos vertientes y arrojaba hacia el puente un barranco fangoso. Ella continuaba sin ver; sentía que sus pies se enterraban en fango; el ruido era horrible. Se le concluyó el ánimo; creyó que no le quedaba más recurso que cerrar los ojos, que ya no veían, y dejarse morir allí, dejarse arrastrar por aquella agua que iba hacia el río con precipitación vertiginosa.

Un relámpago intenso iluminó aquel abismo. Entonces pudo ver á la repentina luz las dos masas oscuras de casas que á un lado y otro se alzaban. Pero después volvió á quedar sumergida en su profunda ceguera. Las rodillas se le doblaban; el agua le había calado toda la ropa; Babilo gruñía como un perro naufrago. A pesar del ruido de la lluvia, los gritos de las mujeres se sentían otra vez, discordantes, agudos, como confuso chirrido de pájaros nocturnos, resonando encima, allá arriba. La enferma fantasía de Clara creyó reconocer en aquellas voces un horrible y áspero trío de las Porreñas, que volaban, envueltas en espantosas nubes, dando al viento las voces de su impertinencia, de su amargo despecho y de su envidia. Hasta le pareció ver á Salomé, que se cernía en lo más alto, agitando rápidamente sus luengas vestiduras á manera de alas, y mostrando hacia abajo las encorvadas y angulosas falanjes de sus dedos, terminados con uñas de lechuza.

La lluvia empezó á disminuir. Ruido de campanillas y ruedas indicó á Clara que una galera acababa de pasar la calzada del puente y entraba en la calle: esto la animó

un poco, porque sentía la voz del arriero, que con tremendos palos estimulaba á sus caballerías á subir la cuesta. Levantóse la joven dispuesta á hacer la última tentativa preguntando al arriero. Llegó la galera, y Clara se adelantó hacia la mitad del camino; pero una de las mulas, que era muy espantadiza, dió un salto y casi vuelca la galera. El arriero empezó á proferir votos y juramentos. El animal se resistió á dar un paso; pegaba el arriero, coceaba la arisca mula, y la otra, queriendo aprovechar tan buena ocasión de reposar su fatigado cuerpo, que había hecho la jornada de Navalcarnero en seis horas, se echó al suelo muy sibaríticamente, esperando á que estuviera resuelta la pendencia entre su amo y su compañera. La mula quedó casi totalmente enterrada en fango, y cuando el arriero vió tal cosa, y que la galera se había inclinado de un lado, hincando el eje en el suelo, se puso hecho un demonio; llamó en su auxilio á todos los santos del cielo y á todos los demonios del infierno, se tiro de los cabellos y hasta empezó á darse latigazos de rabia.

Clara, que se creyó cansante de aquel desperfecto, tuvo bastante fuerza para huir de las iras del carretero, que, á haberla visto, la hubiera maltratado; corrió hacia arriba, y no paró hasta la esquina de la plazuela de la Paja. Allí encontró otro sereno y le hizo su pregunta.

«Está usted cerca — le dijo éste. — Suba usted esa plazuela; pase usted aquel arco que se ve allí, donde está la imagen de la Virgen con el farol, y llegará á la plazuela de los Carros. Enfrente está la calle del Humilladero.»

Clara empezó á creer otra vez que había Dios, y siguió la dirección indicada. Al fin estaba cerca, al fin llegaba. La esperanza le dió ánimo; pero al acercarse al arco que unía entonces la capilla del Obispo con la casa de los Lajos, se avivó su miedo. Se figuraba que aquel arco no podía conducir sino á una caverna, y además le parecía que detrás estaba una figura corpulenta, que no era otra que María de la Paz Jesús, apostada allí para asirla cuando pasara, arrebatándola con una mano grande y crispada, para llevársela por los aires.

Pero la esperanza puede mucho. Cerró los ojos, y corriendo velozmente, pasó. La plaza de los Carros ya le parecía más habitable y menos triste: pasaban algunas personas, se veían no pocas luces. Miró los letreros de todas las calles que de allí partían, y al fin, llena de alborozo, leyó el nombre de la que buscaba. Entró en ella, y á los pocos pasos vió una puerta, á cuyos lados había pintados

racimos alegóricos y unas botellas que indicaban muy claro que aquello era taberna. «Aquí es,» dijo, y se acercó. La puerta estaba abierta, y dentro había dos mujeres y un hombre. Preguntó si vivía allí un tal Pascual, tabernero, casado con una tal Pascuala.

«Aquí no hay *nengún* Pascual, —dijo una de las mujeres. —¿Sabe usted si es aquí cerca? —preguntó Clara. —¿No hay otra taberna en esta calle?

—No, que yo sepa.»

Clara volvió á creer que no había Dios.

«¿Qué estás diciendo ahí, *enreora*? —exclamó el hombre. —Siempre te has de meter en lo que no te toca. Sí, señora. Hay otra tienda de vinos de un tal Pascual... sí, señora: ahí en el número 14.»

La huérfana dió las gracias, y fué allá, palpitante de agitación y alegría. Antes de llegar al número 14, sintió ruido de guitarras y voces de hombres. Al acercarse á la puerta vió á muchos que cantaban y bailaban con la exaltación de la embriaguez; y aunque no vió á Pascuala, aunque aquella gente le inspiraba mucho recelo, subió el escalón de la entrada, y presentándose, preguntó por su antigua criada.

«¡Ole, ole! —dijeron dos ó tres de aquellos insignes personajes, mientras uno de ellos avanzó hacia la joven, y abrazándola estrechamente, la llevó al centro de la taberna.

—¡Viva el buen trapío!

Clara dió un grito de terror al encontrarse en los brazos de aquel desalmado, y gritó con todas sus fuerzas: «¡Pascuala!

—¿Qué? ¿quién es? —dijo una voz de mujer; —¿á ver que es eso?»

Pascuala se presentó, y al ver que había allí una mujer y que estaba en brazos de su marido, dió á éste en la cara un moicón, que, á ser más fuerte, no le dejara con narices. «No fui yo —contestó Pascual: —fué ese *dimonio* de Chalco.

—Sí fué él, que la ha traído y la tenía escondida, señora Pascuala, —declaró Tres Pesetas con uno de sus frecuentes rasgos de malicia.

—¡Doña Clarita! —dijo Pascuala abrazando á Clara con más suavidad que su marido y llevándola adentro.»

Al encontrarse en el dormitorio de los Pascuales, la sobrina de Coletilla, que había agotado todas las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu en aquella noche, se dejó caer en una silla y perdió el conocimiento.

CAPITULO XXXIX

Un momento de calma.

Bozmediabo y Lázaro hablaron poco por el camino. Al llegar á la casa de Pascual, serian las diez de la mañana, lo primero que vieron fué á Pascuala fregando vasos. Preguntáronle si había venido Clara á su casa, y ella contestó:

«Anoche, sí, señor; después de media noche vino. Pero ya reconozco al caballerito sobrino de mi amo, que estuvo allá á preguntarme por su tío.

—¡Gracias á Dios! —exclamó éste. —¡Qué suerte hemos tenido!

—La pobre llegó esta mañana y se desmayó —dijo Pascuala. —Está muy malita; todavía no ha hablado palabra, si no es *pa* delirar. Vino que no se podía tener, toda mojada, temblando de frío, y las lágrimas le corrían por la cara abajo.

—¿Dónde está?

—Allí, en mi alcoba y en mi cama. Pascual se quedó en el desván y yo en el suelo, al lado de ella. Está muy malita: empezó á dar unas manotadas y á decir que venían volando unas... ¿cómo dijo? «Las tres, las tres volando,» decía, y así estuvo hasta hace una hora, que calló y se quedó dormida.»

Los dos jóvenes pasaron adentro, y cuando la taberna abrió un poco la ventana para que entrara alguna luz, pudieron ver acostada en el lecho aquella agraciada figura, en cuyo semblante extenuado y pálido se pintaban los síntomas de una postración y un malestar muy grandes. Dormía, y la violenta posición de su cabeza indicaba que antes del sueño la había atormentado uno de esos letargos dolorosos en que el cuerpo obedece con bruscos movimientos á todos los delirios de la mente enferma. Pascuala cogió entre sus manos la cabeza de la joven y la colocó con menos molestia; la entró uno de los brazos, que colgaba fuera de las sábanas; arregló éstas y las almohadas, y cerró un poco más la ventana, porque no entrara más claridad que la necesaria para no estar á obscuras.

«Usted ya no sale de aquí,—dijo Bozmediano á Lázaro.

—No,—replicó éste preocupado y contemplando á la enferma tan de cerca, que sentía su respiración agitada y difícil como si un pequeño volcán existiera entre las sábanas.

—Creo que al despertar, despertará con el delirio. Usted debe quedarse aquí hasta ver en qué para esto—indicó Bozmediano;—yo me marchó. Si me ve, creo que mi presencia no será lo que más la tranquilice. Mañana le espero á usted en mi casa sin falta: tenemos que hablar.»

Lázaro no contestó. Si su susceptible desconfianza no se había extirpado completamente, en aquellos momentos no podía pensar en tan delicado asunto. Experimentaba emoción muy grande para detenerse en dudas crueles y rencores poco generosos, que un alma elevada deja siempre á un lado al contemplar los grandes infortunios.

Cuando Claudio se marchó, Lázaro se sentó junto al lecho, y allí estuvo mucho tiempo inmóvil mirando á la enferma, estatua que contemplaba otra estatua, casi tan pálido como ella, esperando á cada expansión del aliento que despertara, observando con la atención moribunda de amante la oscilación de aquella vida comprometida en una crisis. Por fin, Clara se movió, pronunciando algunas voces mal articuladas. El joven pudo distinguir claramente: «¡Señora, por Dios!...» Después agitó una de sus manos como quien quiere retirar algo, y por fin abrió los ojos. Se apartó los cabellos que en desorden le cubrían la cara; tuvo un gran rato la mano ante los ojos, y la apartó después. Sus ojos se clavaron en la persona que tenía delante, y por mucho tiempo permaneció mirándole, cual si no tuviera conocimiento de lo que veía, ó como si su sorpresa fuera tal, que no pudiera creer lo que estaba viendo. Después extendió el brazo lentamente hacia él, y le nombró con voz muy débil.

«¿No sabes por qué estoy aquí?—dijo Lázaro conmovido.—Me parece que no nos hemos visto desde mi pueblo. Aún no creo que hayas podido estar en aquella maldita casa.

—¿En qué casa?—dijo Clara, como afectada de profunda confusión.

—Allí, en casa de esas mujeres,—contestó él con tristeza, recordando los dolores de aquella vivienda.

—¡Ay!—exclamó Clara.—Yo no quiero volver; quiero

morirme aquí antes que volver. Estoy en casa de Pascuala, ¿no?»

Al decir esto, reconocía el sitio con ansiosa mirada.

«Si: ya no estás, ya no estamos allí,—dijo él, acercándose más.

—No volveré, no me llevarán. ¿No es verdad? Tú no volverás tampoco.

—¡Qué he de volver! Si aquella casa ha sido más terrible para mí que el infierno mismo. La detesto, y detesto á los que la habitan. Allí he padecido en una sola noche más que en toda mi vida. Ya no vuelvo, no.»

Clara pareció escuchar esto con mucha atención; después le estuvo mirando fijamente por largo rato con cierto asombro.

«¿Por qué me miras así?» preguntó Lázaro.

La huérfana tardó en responder; pero al fin, con voz lenta y cariñosa, dijo:

«¿Hace mucho tiempo que no te he visto?

—No hace tanto. Me viste una tarde: el domingo.

—Si... ya me acuerdo. ¡Qué día! ¿Sabes que me echaron porque decían que había entrado un hombre en la casa? ¿Sabes?... ¡Qué malas son!

—¿Y no entró?

—Si entró, sí... ¿pero yo qué culpa tenía? Ellas dicen que entró por mí. ¡Qué malas son!

—¿Y no entró por tí?

—¿Por mí?—contestó Clara con la voz entrecortada y muy débil.—¿Por mí?»

Después se detuvo, como recordando, y dijo:

«Sí, por mí. El me dijo que iba á sacarme de allí, que quería hacerme feliz. Me dió mucho miedo.»

Decía todo esto con una vaguedad que indicaba cuán débiles estaban sus facultades mentales.

«Me dió mucho miedo—continuó;—aún me parece que te estoy viendo. Al principio pensé que me iba á matar; pero... no me mató. Dijo que me quería llevar consigo; que él me quería ver feliz... Me había escrito una carta.

—¿Una carta?—dijo Lázaro vivamente.

—Sí: me la dió aquel viejo feo, feo, feo...

—¿Dónde está la carta?

—¿La carta... la carta?... No sé. Yo la tenía en el bolsillo.

—¿Dónde está tu ropa?

—No sé... La carta... ¡Ah! ya me acuerdo... la rompí toda, y la hice unos pedacitos muy chicos, muy chicos.

—¿Por qué la has roto?—dijo Lázaro, deplorando no te-

ner aquel documento. —¿Y no recuerdas haberme visto á mí aquella tarde?

—Sí, sí, sí lo recuerdo—contesto, mostrando que nunca había olvidado tal cosa.—Entraste muy enfadado. Yo estuve llorando toda la noche. Después me dió un mareo en la cabeza... yo creí que me iba á morir, y me alegré.»

La melancólica serenidad que había en estas declaraciones conmovió á Lázaro de tal modo, que no se atrevía á preguntar más, porque herir la delicadeza de aquel ángel le parecía crueldad sin ejemplo. Aún quiso hacer la última pregunta de este modo:

«¿Y qué te dije aquella tarde?

—¿Qué me dijiste?... Eso sí que se me ha olvidado... No, ya lo recuerdo: me dijiste...»

Aquí se detuvo: sin duda le faltó el habla ó el entendimiento. Tenía los ojos húmedos, y se apartaba otra vez el cabello que le cubría parte de la frente. Lázaro se sintió humillado. Casi le avergonzaba la cruel y brusca acusación que su conducta en aquella tarde memorable había hecho á la inocencia. No había prescindido aun enteramente de la ley social que exige pruebas positivas para la aclaración de ciertos hechos; pero aun poseyendo aquella susceptibilidad irreflexiva, no podía resistir á la fuerza de persuasión que en las respuestas de la huérfana había. En su corazón no cabía, no era posible que cupiera la duda, después de oírla; y si la voz de un demonio atormentador resonaba internamente para recordarle el deber social de no darse por satisfecho, él parecería como que aplazaba para más tarde la investigación de la evidencia en aquel asunto, abandonándose por entonces á la efusión consoladora del afecto que sentía tan vivo como antes.

«No me expliques más—dijo Lázaro, viéndola llorar.—Veo que aquellos demonios tienen la culpa de todo. ¡Maldito sea quien te llevó allá! Ellas te han calumniado, estoy seguro de ello. Siempre estaban hablando de faltas cometidas, de pecados... y qué sé yo. Lo mismo decían de mí. Las dos aseguraban que yo era un malvado, y que había cometido no sé qué crimen. Esto me admiraba, porque yo no había cometido ninguna falta grave. Lo mismo juzgué de ti. Tú eras la víctima de su rigor, de su suspicacia, de su disciplina, como ellas decían.

—Yo no las quiero ver más—decía Clara:—anoche las estuve viendo toda la noche en sueños. Me parecía que doña Salomé estaba revoloteando encima de mí, mostrándome sus ojos rencorosos y sus uñas terribles; me parecía que doña Paz estaba detrás de la cama, y que de tiem-

po en tiempo sacaba el brazo para abofetearme. Estuve temblando y envuelta en mis sabanas para no verlas; pero siempre las veía. ¡Qué feas son!

—Tranquilízate—dijo Lázaro, viendo en el tono de su amiga los síntomas de un nuevo delirio.—Ya no volverás á casa de esas fieras. Yo estoy aquí; tú te has creído abandonada, mientras yo existía. No sé si tengo la culpa de esto: si la tengo, deseuida, que sabré remediarlo. ¡Y yo que no he vivido sino por tí, que te he tenido por guía y por inspiración de todos mis actos! Bien te dije, cuando nos conocimos, que Dios nos había puesto en camino de encontrarnos para que no nos separáramos nunca. A donde quiera que he ido te he llevado siempre en mi corazón y en mi cabeza, creyendo por tí y esperando por tí. Desde que nos conocimos, no hemos cesado de estar juntos, de caminar juntos por la senda de la vida, á lo menos en lo que á mí corresponde. Cuando vine á Madrid, aunque no nos vimos inmediatamente, no di un paso por estas calles que no fuera dado hacia tí. Me prendieron por una ligereza mía, que no fué ningún crimen, como desian á aquellas mujeres; y si suporté aquel contratiempo, si no me suicidé estrellándome la cabeza contra los muros de la cárcel, fué porque en la obscuridad me parecía siempre que te estaba mirando en un rincón, en pie, con el rostro sereno, como es tu costumbre. Yo no he podido, después que te conozco, pensar nada futuro, sin que á mis ideas acompañara la idea de tu persona, como parte de mí mismo. No he podido pensar en la adquisición de alguna cosa, de algún objeto, de alguna felicidad, sin que pensara en que tú disfrutarías de todo eso antes que yo. No he tenido desgracia alguna ni pérdida sin figurarme que estarías á mi lado llorando conmigo. Si he aspirado á alguna hora feliz, siempre he tenido presente que nuestras dos vidas llegarían juntas á esa hora. No he podido concebir que uno de los dos existiera solo en el mundo: esto me ha parecido siempre imposible. ¿Sabes que ahora me parece que fué ayer cuando saliste de mi casa para volver aquí? Y lo que ha pasado después yo quiero borrarlo de mis recuerdos. Aborrezco estos días como se aborrece una pesadilla. ¿Tú no me has dicho también que aborreces aquella casa y aquella gente? Y lo creo. No puedo acostumbrarme á la idea de que pensemos de distinta manera. Si yo llegara á creer de una manera evidente que no me que- rías, no sé cómo podría vivir; y si aun vivo después de aquella tarde, es porque la duda me ha dado vida, duda en que ya no quiero pensar: la he tenido como un deber,

me la impuse yo mismo; pero ya rechazó esta tiranía. Cuando te he visto, me parece que ha retrocedido el tiempo. Dudar de tí se me figura un crimen; y si lo he cometido, no te pidó perdón, porque sé que ya me lo has perdonado.»

Durante esta expansiva manifestación, le escuchaba la enferma con una especie de trastorno. Al fin lloraba con tan deshecho llanto, como si en aquel momento y con aquellas lágrimas se desahogaran los dolores de toda su vida, desde el incidente del pajarito en casa de la madre Angustias hasta la escena de la expulsión en casa de las Porreñas.

El joven no quiso menoscabar con una palabra más la elocuencia de aquellas lágrimas. El calor y la pulsación precipitada de la mano de Clara, que tenía entre las suyas, le indicaron que la fiebre aumentaba, tal vez por la agitación de aquel diálogo, en que él había puesto toda su elocuencia, y ella toda su sinceridad.

«Es preciso cuidarte mucho,—dijo Lázaro.

—Sí—contestó ella:—quiero vivir.»

CAPÍTULO XL

El gran atentado.

Por la tarde llegó un médico enviado por Bozmediano. Vió á la enferma, y después de prescribirle mucho reposo, se retiró, dando muy poca importancia á aquella crisis, originada de una fuerte agitación moral. Durmióse Clara, entrando en un período de calma, de que hasta entonces no había disfrutado. En tanto Lázaro, que ardía en deseos de tomar una determinación decisiva en su vida, pensaba hablar con su tío aquella misma noche, romper con él, separarse de un hombre que era autor de todas sus desventuras. Deseaba ver á las dos Porreñas, echarles en cara su crueldad y su hipocresía. Si la dignidad de varón no se lo impidiera, seguramente su primer acto aquella noche hubiera sido coger por el moño á doña Paz y hacerle inclinar la cabeza hasta el suelo.

Lo urgente y decoroso era suspender relaciones con aquel hombre fanático, que le parecía más repugnante

después que se reunía descaradamente con los jóvenes exaltados, y hasta llegaba á darse el título de liberal. No le importaba quedar solo y sin apoyo, pobre, más pobre que antes. Pero él se encontraba con fuerzas para trabajar; trabajaría en una profesión, en un oficio cualquiera. Y si en Madrid no podía conseguirlo, se volvería á su pueblo, donde por lo menos tenía seguro el pan.

Salió, pues, ya entrada la noche, dejando á Pascuala el encargo de no apartarse de Clara; y recordando que su tío había hablado de no volver á casa de las Porreñas hasta después de tres días, pensó dirigirse á la *Fontana* ó á casa del abate. Fue á la *Fontana*; entró en el cuarto interior, donde se reunían confidencialmente los principales políticos del club, y no lo encontró. No había allí otra persona que el señor Pinilla, que se paseaba muy agitado con las manos metidas en los bolsillos y el sombrero enterrado hasta los ojos.

«Hola, amiguito—dijo al ver á Lázaro.—¿Cómo usted por aquí á estas horas?

—Busco á mi tío.

—¡Ah! No le hallará usted. Está en una parte... Ya sé yo dónde está. Está donde entran pocos.

—¿No vendrá esta noche?

—¿Esta noche? ¡Quia! ¿Cómo ha de venir esta noche?

—¿Pues qué hay esta noche?

—Lo gordo—dijo Pinilla con misterio.—Pero, ¡bah! usted lo sabe mejor que yo. Si es su sobrino...

—No, no sé nada,—dijo Lázaro sorprendido.

—¿Pero no le han designado á usted su puesto? ¿No le han dicho lo que ha de hacer? ¿No trabaja usted como todos en esta gran obra?

—¿Qué obra?

—Esta noche, amigo, esta noche es ella.

—¿Qué? ¿Hay algo? Efectivamente he notado al venir cierta agitación en la villa.

—Pues ya verá usted á eso de las diez...

—¿Y no hay sesión esta noche?

—¡Sesión! ¡Brrr!—exclamó Pinilla, haciendo con la boca un estrambótico sonido.—Está no es noche de palabras, es noche de hechos. Mucho se ha hablado ya.

—Pues no estoy enterado de nada. Ello es que desde anoche no vengo por aquí.

—Pues busque usted al Doctrino, que debe estar allá por Lavapiés, y le dirá lo que tiene que hacer; porque supongo, amigo, que usted no querrá quedarse atrás. ¡Fuera miedo! Yo sé que la primera vez esto es algo im-